

VOL. 1 · NÚM. 1 · AGOSTO 2026 · ARGENTINA



NUEVA OLA
REVISTA ACADÉMICA Y POLÍTICA

Rincón
Político

NUEVA OLA

REVISTA ACADÉMICA Y POLÍTICA

LA POLÍTICA EN LA ERA DEL DESORDEN

Poder, tecnología y nuevo orden global

Consultora & Centro de Estudios Rincón Político · Acceso abierto

ISSN en proceso de gestión

Identidad editorial

Nueva Ola es una publicación de la Consultora & Centro de Estudios Rincón Político, iniciativa nacida en 2019. Articula ciencia política, ciencias sociales, relaciones internacionales, diplomacia, gestión pública, comunicación política, derechos y transformaciones digitales. Su propósito es combinar rigor, lectura estratégica y divulgación para públicos académicos y no especializados.

Periodicidad: trimestral · Convocatoria permanente · Argentina · Formato digital (PDF y web) · Acceso gratuito.

La revista diferencia de manera visible los contenidos sometidos a evaluación académica de los textos de opinión. El N° 1 está integrado por piezas de opinión y análisis; no se las presenta falsamente como artículos científicos arbitrados.

MÁS SOBRE LA CONSULTORA

COMUNIDAD VIRTUAL DE RINCÓN POLÍTICO



NUEVA OLA

REVISTA ACADÉMICA Y POLÍTICA

Prólogo del director



Nueva Ola nace para intervenir en una conversación que ya no puede pensarse dentro de fronteras disciplinarias rígidas. La política contemporánea se juega en instituciones y territorios, pero también en infraestructuras digitales, plataformas, algoritmos, redes de poder, conflictos internacionales y nuevas formas de liderazgo. Por eso elegimos para este primer número un eje incómodo y urgente: la política en la era del desorden. No buscamos una publicación cerrada sobre sí misma. Queremos rigor sin hermetismo: análisis capaz de dialogar con la academia, con quienes gestionan, militan, enseñan, investigan y con un público amplio que necesita herramientas para comprender un presente acelerado. De allí la convivencia deliberada entre futura producción académica arbitrada y una sección de opinión claramente identificada. Esa transparencia es parte de nuestra política editorial. Publicar es abrir una conversación, no clausurarla. Este primer número es una invitación a pensar el poder, la tecnología y el nuevo orden global con curiosidad crítica, pluralidad y responsabilidad pública.

Dr. Gustavo Martin

Director · martingustavo@hum.unrc.edu.ar · +54 358 4332541

CV BREVE · ESPAÑOL

SHORT CV · ENGLISH

Executive summaries

English

Nueva Ola is an open-access academic and political magazine published by Rincón Político, an Argentine consulting and research center founded in 2019. It focuses on political, social, diplomatic and digital analysis for both specialized and general audiences. Issue No. 1, August 2026, explores politics in an age of disorder: power, technology, leadership, digital rights, migration, international cooperation and democratic uncertainty. Opinion pieces are clearly labelled and are not presented as peer-reviewed research. Future academic submissions follow declared editorial integrity and double-blind external-review procedures.

Português (Brasil)

Nueva Ola é uma revista acadêmica e política de acesso aberto, publicada pela Rincón Político, consultoria e centro de estudos argentino fundado em 2019. A revista aborda análise política, social, diplomática e digital para públicos especializados e não especializados. O Nº 1, de agosto de 2026, discute a política na era da desordem: poder, tecnologia, liderança, direitos digitais, migração, cooperação internacional e incerteza democrática. Os textos de opinião são identificados de forma explícita e não são apresentados como pesquisa científica avaliada por pares. Futuras submissões acadêmicas seguirão políticas públicas de integridade editorial e avaliação externa duplo-cega.

Índice general

DOSSIER TEMÁTICO · La política en la era del desorden

Artículo 01 · La ilusión de que podemos vivir sin IA

Dr. Gustavo Martín · Artículo de opinión

Artículo 02 · ¿Puede un partido político sobrevivir sin entender cómo funciona un algoritmo?

Mariano Agustín Frairia · Artículo de opinión

Artículo 03 · ¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia?

Sabrina D. Pietrovzki · Artículo de opinión

Artículo 04 · ¿Quién protege a las infancias cuando el poder digital no tiene fronteras?

Milena Aichino · Artículo de opinión

Artículo 05 · ¿Liderar o excluir? Trump, la migración y los límites del Estado garante

Agostina Alborno · Artículo de opinión

Artículo 06 · Diplomacia de Resultados: el Escudo de las Américas como motor de bienestar y desarrollo

Andrea Céspedes González · Artículo de opinión

Artículo 07 · Siglo XXI, ¿el renacimiento de una posmodernidad global?

Joshua Lentulus Aivazian · Artículo de opinión

DOSSIER LIBRE

Artículo 08 · Elecciones Colombia 2026: drones, “tigres” y las paradojas de una democracia en crisis

Gustavo Löbbe · Artículo de opinión

Artículo 09 · El mapa político argentino 2026: ¿un campo minado?

Juan Antonio Alegre · Artículo de opinión

Navegación: cada título del índice conduce al inicio del artículo. Cada portada incluye enlace de descarga gratuita del PDF individual.

Gobernanza editorial

Director

Dr. Gustavo Martin — Director de Nueva Ola; fundador y director general de la Consultora & Centro de Estudios Rincón Político; docente universitario y asesor.

Comité Científico Honorífico

- Dr. Mario Pecheny — Director del CONICET por la Gran Área de Ciencias Sociales y Humanidades; Profesor Titular Regular UBA.
- Dr. Luciano Noretto — Investigador Independiente del CONICET; profesor de teoría política, UBA.
- Prof. María Eugenia Cantaloube — ex ministra de Educación de la Provincia de San Luis.
- Dr. Martín D'Alessandro — profesor UBA; investigador CONICET; director de POSTData; expresidente de la SAAP.
- Lic. Morena Mendoza — Licenciada en Relaciones Internacionales; Secretaría de la Embajada de la India ante Argentina y Uruguay.

Comité de Evaluadores/as Externos/as · por demanda

La participación es ad honorem y se acredita mediante certificado digital. La nómina pública no revela qué persona evaluó un manuscrito particular.

Lic. Laura Patricia Ambrogio	Lic. María Mercedes López
Mg. Andrea Céspedes González	Lic. Fabiana de los Ángeles Plaza
Prof. María Agustina Gatto	Lic. Violeta González
Prof. Facundo Nahuel Ortiz	Mg. José María Infante
Esp. Lautaro Nicolás Waisgold Cano	Mg. Rocío Soledad Garmendia
Lic. Christian Gastón García	Lic. Ana Beatriz Oviedo
Lic. Sofía Mola	Lic. Paula Pía Argañaraz Araoz
Prof. Maximiliano Patricio López	Abg. Santiago Emanuel Rivera
Mg. Natalia Elena Perrucci	Lic. Gabriela Acosta
Lic. Triana Lovrinchevich Covi	Mg. Ezequiel Santiago Rodríguez

QUIERO SUMARME COMO EVALUADOR/A

Políticas editoriales básicas

Independencia editorial. Las decisiones de aceptación se fundan en pertinencia, calidad, integridad y evaluación; los aranceles nunca compran aceptación.

Evaluación. Los artículos académicos son sometidos a control editorial y revisión externa doble ciego. Las piezas de opinión reciben revisión editorial y se identifican como tales.

Integridad e IA. Se admite uso responsable de IA con declaración cuando sea sustantivo. La IA no puede figurar como autora. Se prohíben plagio, fuentes inventadas, fabricación o falsificación.

Conflictos y correcciones. Se declaran conflictos de interés. La revista mantiene mecanismos para correcciones, fe de erratas, retractaciones, quejas y apelaciones.

Acceso y sostenimiento. Creemos en el conocimiento colectivo: por eso la lectura, descarga y distribución de los contenidos publicados es gratuita. El arancel de producción se aplica sólo tras la aceptación, se comunica antes de publicar y contribuye a cubrir dominio, alojamiento y mantenimiento web, corrección, edición, maquetación y difusión.

ISSN. En proceso de gestión ante el Centro Nacional Argentino del ISSN. No se atribuye ningún número hasta que sea oficialmente asignado.

DIRECTRICES PARA AUTORAS Y AUTORES

QUIERO PUBLICAR MI ARTÍCULO

01

La ilusión de que podemos vivir sin IA

Dr. Gustavo Martin

martingustavo@hum.unrc.edu.ar



DESCARGAR ARTÍCULO 01 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.ª edición

Martin, G. (2026). La ilusión de que podemos vivir sin IA. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 1.

Cuando era pequeña, mi hermana pensaba que los locutores eran hombres pequeñitos que vivían adentro de la radio. Era apenas una niña intentando entender algo completamente nuevo para ella. Y así estamos muchos hoy: como niños tratando de comprender qué es esto de la Inteligencia Artificial, creyendo que se limita a jugar con imágenes y videos hechos con ChatGPT. Mientras tanto, en 1914, la radio comenzaría a cambiar la comunicación en el mundo. No estamos hablando solo de entretenimiento o de un juego tecnológico: estamos hablando de una herramienta de poder.

Cuando apareció el libro —o, más precisamente, la imprenta— pasaron más de cien años hasta que logró aceptarse y convertirse en un objeto cotidiano. Casi todo el mundo miraba con temor ese nuevo artefacto cultural. Y no era para menos. Ese dispositivo sirvió tanto para liberar mentes, al estilo rousseauiano, como para colonizar y evangelizar poblaciones nativas en América Latina. Pero en sus inicios era profundamente rechazado.

Los artesanos del papiro y el pergamino, acostumbrados a fabricar rollos con escritura vertical —que, de hecho, sostuvieron buena parte de la burocracia y del Estado egipcio—, se espantaban ante un objeto que proponía leer de manera horizontal. Los copistas, encargados de reproducir libros uno por uno de forma manuscrita, comenzaron a quedarse sin trabajo. Y ni hablar de los maestros, que desde una mirada casi platónica temían perder su lugar: si el conocimiento ahora estaba contenido en los libros, ¿para qué alguien recurriría a ellos?

En definitiva, ese objeto cultural que hoy llamamos “libro”, tan romantizado y recordado con nostalgia ante un mundo sumamente digital, fue durante mucho tiempo uno de los inventos más resistidos de su época. Incluso, porque venía a poner fin a toda una tradición oral de culturas milenarias, como la india, cuyos elementos de comunidad eran la voz y la memoria.

Pero en fin, lo que intentamos decir es que toda nueva tecnología genera miedo. Y esos miedos por supuesto que son válidos, aunque quizás la palabra más acertada sea “cautela”. También aparecen posturas enfrentadas: optimistas y pesimistas. Pasó con la imprenta, pasó con la

máquina a vapor, pasó con la televisión, pasó con la energía atómica, pasó con internet, pasó con los celulares y pasó con las redes sociales. Y hoy está pasando con la Inteligencia Artificial. Al final, casi siempre terminamos incorporando esas tecnologías y conviviendo con ellas de manera natural, aunque nunca sin excesos, tensiones y consecuencias. Lo que no debemos olvidar, es que la IA es también una nueva fase del capitalismo, con el peso de una revolución tal cual lo fue la fábrica en su momento, la electricidad, etc.

¿Podríamos vivir sin IA?

En Argentina, todavía hay gente que habla de la inteligencia artificial como si fuera una tecnología del futuro. Como si fuese algo opcional, una moda pasajera o simplemente “eso de ChatGPT”. Pero la realidad es bastante más profunda y más incómoda: ya vivimos dentro de una infraestructura algorítmica permanente. Y probablemente no podríamos sostener nuestra vida cotidiana actual si desapareciera de golpe.

Si mañana elimináramos toda la inteligencia artificial de nuestras vidas, no perderíamos solamente asistentes virtuales o imágenes generadas. Perderíamos una enorme red invisible de automatizaciones que sostiene desde el tránsito hasta las compras online, desde los bancos hasta las redes sociales, desde los aeropuertos hasta las universidades.

El problema es que gran parte de esa IA es silenciosa. No se presenta como “inteligencia artificial”. Simplemente funciona detrás de escena.

En Argentina y en el mundo del 2026, eso ya atraviesa prácticamente toda la cotidianeidad. Cada vez que alguien paga con QR y el banco detecta automáticamente una operación sospechosa antes de aprobarla, hay IA. Cada vez que una aplicación de delivery calcula el mejor recorrido para evitar embotellamientos, hay IA. Cada vez que una plataforma te sugiere qué serie mirar, qué música escuchar o qué noticia leer, hay IA.

Incluso quienes dicen “yo no uso inteligencia artificial” probablemente la usan cientos de veces por día sin advertirlo.

Si desapareciera de golpe, la vida cotidiana empezaría a degradarse de formas muy concretas.

WhatsApp seguiría existiendo técnicamente, pero perdería gran parte de sus funciones inteligentes: fin del diccionario predictivo, desaparición del filtrado automático de spam, fin del cifrado extremo y la protección de nuestros mensajes, peores sistemas contra cuentas falsas, traducciones automáticas deficientes, reconocimiento de voz mucho más limitado y herramientas de accesibilidad debilitadas. El correo electrónico se volvería rápidamente inhabitable. Hoy millones de correos basura, estafas, phishing y malware son detenidos automáticamente antes de llegar a la bandeja principal. Sin IA, gran parte de esos filtros colapsaría.

Spotify perdería aquello que realmente lo convirtió en una máquina de retención: las recomendaciones personalizadas. Las listas automáticas, el descubrimiento de artistas y las sugerencias según hábitos desaparecerían. Lo mismo ocurriría con Netflix. Mucha gente cree que Netflix “es un catálogo”. No. El verdadero producto es el algoritmo que decide qué mostrarle a cada usuario/a, qué portada usar, qué series recomendar y en qué momento hacerlo.

Uber tampoco funcionaría como hoy. Los tiempos de espera aumentarían, la asignación de conductores sería más ineficiente, desaparecería la predicción dinámica de demanda y los recorridos serían peores. Lo mismo sucedería con aplicaciones de delivery: más demoras, más errores logísticos y mayores costos.

Google Maps o Waze dejarían de optimizar rutas en tiempo real. Los semáforos inteligentes perderían capacidad de adaptación. Las ciudades sufrirían más congestión.

En los aeropuertos el impacto sería enorme. Sistemas de reconocimiento facial, detección automatizada de equipajes sospechosos, asignación dinámica de puertas de embarque y coordinación logística dejarían de funcionar correctamente. Los tiempos de espera crecerían y aumentaría el margen de error humano.

Las cámaras de videovigilancia urbanas también cambiarían radicalmente. Muchas ya no solo graban: detectan movimientos anómalos, identifican patrones, reconocen rostros y reconstruyen recorridos. Sin IA, gran parte de

esas capacidades desaparecería.

Las redes sociales también perderían funciones que hoy parecen naturales. Instagram dejaría de etiquetar automáticamente personas en fotos. Facebook no podría reconocer rostros ni sugerir contactos. TikTok perdería la capacidad de entender qué contenido retiene más tiempo a cada usuario. YouTube dejaría de recomendar videos con precisión quirúrgica. Incluso los filtros de belleza, los efectos automáticos y las mejoras de imagen desaparecerían o se volverían extremadamente limitados.

La mayoría de los creadores de contenido ya usa inteligencia artificial aunque no lo admita públicamente. Hoy miles de posts, copias de Instagram, hilos de X, discursos políticos, mails comerciales y guiones de videos son redactados o corregidos con ChatGPT u otros sistemas similares. Mucha gente ya no escribe completamente sola: escribe asistida por IA.

En universidades y trabajos ocurre lo mismo. Estudiantes resumen textos con IA, generan ideas de investigación, corrigen redacción o traducen papers. Empresas automatizan atención al cliente, informes, análisis de datos y campañas publicitarias. Hospitales organizan turnos y clasifican urgencias con sistemas inteligentes. Bancos detectan fraudes en tiempo real. Comercios predicen stock y consumo.

Mucha gente podría decir que quizás sería positivo perder parte de esta automatización. Menos manipulación algorítmica, menos dependencia digital, menos plataformas decidiendo qué mirar, escuchar o pensar. Y en parte tendrían razón. Porque los algoritmos no son neutrales. Están diseñados para maximizar atención, permanencia y consumo. Las redes sociales ya no compiten por informar: compiten por capturar tiempo mental.

Pero los algoritmos no solo moldean lo que vemos en redes sociales: también empiezan a decidir cuestiones sensibles de la administración pública y del mundo laboral. Hoy, una app puede seleccionar perfiles laborales a partir de bases de datos cargadas con criterios y sesgos previos. Si una concesionaria de autos contrata personal mediante una plataforma digital, detrás hay una inteligencia artificial que filtra candidatos según las palabras utilizadas en el CV y su compatibilidad con el perfil buscado. Y no solo eso: probablemente priorice hombres si históricamente la empresa contrató

mayoritariamente a ese género. La IA aprende del pasado y, muchas veces, reproduce sus desigualdades. Si el ser humano ya es corrupto, injusto, explotador, la IA reproducirá eso, no es algo que esté inventando ahora. Pero también podemos corregirla para que nos mejore como especie.

En el Estado ocurre algo similar. Un ministerio puede decidir quién recibe un subsidio y quién queda afuera mediante algoritmos que cruzan millones de datos en segundos. Algunos sostienen que bastaría con una persona supervisando esas decisiones para evitar injusticias o discriminación. Pero ahí aparece la verdadera dimensión del problema: un empleado puede revisar 50, 100 o incluso 500 solicitudes. Pero, ¿cómo se administran entonces beneficios, ayudas o políticas públicas para 47 millones de personas? Es imposible hacerlo sin software, sin automatización, sin algoritmos inteligentes. En otras palabras: sin inteligencia artificial.

La discusión, entonces, no pasa por elegir entre usar o no usar IA. Esa etapa ya quedó atrás. El verdadero debate es quién diseña esos algoritmos, con qué criterios, qué valores incorporan y quién controla sus decisiones.

En Argentina esto tiene efectos políticos evidentes. Los algoritmos construyen climas de opinión, radicalizan discusiones y moldean la percepción pública. Mucha gente cree consumir información libremente cuando en realidad consume aquello que un sistema decidió priorizar.

Pero acá aparece la contradicción incómoda: aunque una sociedad menos algorítmica podría devolver parte de nuestra autonomía psicológica, también implicaría costos enormes en tiempo, productividad y dinero.

Muchos podrían responder algo lógico: “si antes vivíamos sin inteligencia artificial, entonces podríamos volver a hacerlo”. Pero esa idea omite una diferencia fundamental: antes la sociedad no estaba estructurada sobre sistemas algorítmicos. Hoy sí. La vida contemporánea funciona suponiendo que existen automatizaciones capaces de filtrar millones de correos basura, detectar fraudes bancarios en segundos, coordinar logística global, recomendar información, optimizar tránsito, administrar datos, moderar redes sociales y procesar volúmenes gigantescos de información en tiempo real. No es que la humanidad “necesite” IA para

existir biológicamente; lo que ocurre es que nuestra organización económica, urbana, financiera y comunicacional actual ya fue rediseñada alrededor de ella.

Pretender eliminar completamente la IA sería parecido a querer volver a un mundo sin aviones, sin videollamadas, sin GPS, sin banca digital, sin pagos QR, sin plataformas de streaming, sin navegación en tiempo real o sin teléfonos inteligentes. Porque todo eso está conectado y no puede existir sin IA. Técnicamente podríamos sobrevivir, igual que también podríamos sobrevivir sin electricidad o sin internet. Pero ya no podríamos sostener la misma velocidad, escala y complejidad de la vida moderna. El problema entonces no es cómo destruir la IA, sino cómo evitar convertirnos en personas completamente dependientes y manipulables dentro de una civilización administrada por algoritmos invisibles.

Sin IA perderíamos horas resolviendo tareas que hoy hacemos en segundos. Buscar información sería más lento. Moverse sería más ineficiente. Comprar sería más caro. La logística empeoraría. Las estafas aumentarían. La burocracia crecería. Internet sería mucho más caótico. Y eso tendría consecuencias económicas reales, especialmente en países frágiles y desorganizados como Argentina.

Por eso, la idea de “volver al mundo de antes” es una fantasía. No existe un regreso posible a una sociedad prealgorítmica sin aceptar también una caída brutal de eficiencia y complejidad operativa. Lo que recuperaríamos sería mucho menor que lo que perderíamos.

La discusión sería entonces no pasa por eliminar la IA. Eso ya es inviable. Hay quienes quieren las comodidades de ahora con un estilo de vida de antes, incluso precapitalista, pero eso es casi imposible. No es tan fácil vivir aislado en un monte pero al mismo tiempo querer tener acceso a internet. O vivir en un país e ir a visitar a un hermano a otro mediante un avión. Las formas actuales de vida, aunque intentemos que sean más ecológicas y “ancestrales”, requieren de tecnologías actuales, que sí, las podemos hacer más sostenibles, pero no eliminarlas.

La discusión pasa por otro lado: cómo convivimos con sistemas algorítmicos sin convertirnos por completo en sujetos moldeados por ellos. Porque una persona puede usar ChatGPT para preguntarle “¿qué debo llevar si me voy de

viaje?”, delegando toda su capacidad crítica y de decisión en una máquina. O puede, en cambio, hacer primero su propia lista y luego preguntarle al chat: “¿qué me está faltando?”. En ese segundo caso, la IA no reemplaza el pensamiento humano, sino que funciona como un asistente que complementa y potencia nuestras capacidades, ayudándonos a optimizar tiempo, información y organización. Son dos enfoques diferentes. No queremos máquinas inteligentes y humanos tontos.

Algo parecido ocurre con las redes sociales y los algoritmos que deciden qué vemos todos los días. A veces, incluso, para romper el algoritmo y evitar quedar atrapados en una burbuja donde solo vemos, escuchamos y consumimos aquello con lo que ya estamos de acuerdo —creyendo que así es el mundo—, hace falta hacer algo tan simple como darle “me gusta” a algo que no nos gusta. No para fingir una opinión, sino para recordarle al sistema que somos más complejos que un patrón de consumo o una acumulación de datos predecibles.

Necesitamos alfabetización digital y algorítmica. Necesitamos entender cómo funcionan las recomendaciones. Cómo se manipula la atención. Cómo se construyen sesgos o prejuicios digitales. Cómo las plataformas estudian comportamiento humano para influir sobre decisiones políticas, culturales y económicas.

Porque la amenaza principal no es que la IA piense por nosotros. La amenaza es que dejemos de pensar críticamente porque delegamos demasiado.

La IA no va a desaparecer. Va a profundizarse, eso no cabe dudas. Las películas de ficción se harán realidad, y no en 100 años, probablemente en 20 o 30.

¿Qué tan nube es la “nube”?

Por último, algo no menor, es la relación entre inteligencia artificial y naturaleza; una relación contradictoria. Por un lado, la IA ya se utiliza para proteger bosques, detectar incendios forestales antes de que se expandan, monitorear deforestación ilegal vía satélite, rastrear especies en peligro, optimizar consumo energético y mejorar sistemas de agricultura de precisión para usar menos agua y agroquímicos. Incluso existen modelos capaces de anticipar inundaciones, sequías y patrones climáticos extremos con mayor precisión.

Pero, al mismo tiempo, esa misma inteligencia artificial puede utilizarse para explotar con mayor eficiencia los recursos naturales, acelerar los procesos neo-extractivistas, aumentar el consumo energético global y profundizar modelos económicos depredatorios.

Además, los grandes centros de datos que sostienen la IA —porque de “nube” no hay nada— consumen enormes cantidades de electricidad y agua. Incluso, requieren el mantenimiento de más de 900 mil kilómetros de cables submarinos por donde circula nuestra información, así como servidores, minerales de tierras raras y complejas infraestructuras tecnológicas, de un secretismo inigualable. Mientras tanto, grandes corporaciones utilizan algoritmos para maximizar la productividad, la extracción y la rentabilidad sobre territorios y ecosistemas.

Es en parte cierto que la tecnología no posee una moral propia: puede servir tanto para proteger un bosque como para devastarlo más rápido. Podemos usar un cuchillo para cortar una manzana o para matar; podemos utilizar la energía atómica para generar electricidad y las propiedades de la radiación para medicina nuclear, o para fabricar armas de destrucción masiva.

El problema es que estas nuevas tecnologías no nacen en un vacío neutral, sino, en gran medida, al servicio de los intereses de grandes corporaciones transnacionales que concentran poder económico, tecnológico y político a una escala inédita, tal como manifiesta la Encíclica Magnífica Humanitas del Papa León XIV.

Empresas privadas controlan hoy infraestructuras críticas de comunicación, almacenamiento de datos, inteligencia artificial y plataformas digitales utilizadas diariamente por miles de millones de personas. En muchos casos, poseen más capacidad tecnológica, más información y mayores recursos que numerosos Estados nacionales.

Por eso, el debate sobre la inteligencia artificial nunca puede reducirse únicamente a una cuestión técnica. Es, ante todo, un debate político, económico, cultural y ético. ¿Quién diseña los algoritmos? ¿Con qué intereses? ¿Quién controla los datos? ¿Quién se beneficia económicamente de esta revolución tecnológica y quién paga sus costos ambientales, laborales y sociales?

También es un problema de soberanía y acceso. América Latina, por ejemplo, depende en gran medida de infraestructuras digitales ubicadas en países centrales. Cuando enviamos un mensaje por WhatsApp entre dos personas que viven en la misma ciudad o incluso en el mismo barrio, es muy probable que esa información viaje primero hacia servidores instalados en Estados Unidos u otros centros globales de datos antes de llegar a destino. Esto ocurre porque no contamos con una infraestructura digital regional suficientemente desarrollada ni con plataformas propias capaces de garantizar autonomía tecnológica.

La llamada “nube” tiene dueños, territorio físico y centros de poder muy concretos. Detrás de cada búsqueda, mensaje o interacción digital existen enormes redes de servidores, cables submarinos, sistemas energéticos y corporaciones que administran el flujo global de información. En ese contexto, la inteligencia artificial no sólo redefine la economía o el trabajo: también redefine las relaciones de poder en el mundo contemporáneo.

Por eso, discutir tecnología implica necesariamente discutir democracia, regulación, soberanía digital, derechos ciudadanos y modelos de desarrollo. La pregunta central no es solamente qué puede hacer la inteligencia artificial, sino quién la controla, para qué fines y bajo qué valores sociales se la utiliza.

La verdadera pregunta ya no es si viviremos con inteligencia artificial. La verdadera pregunta es

si seguiremos siendo capaces de conservar autonomía mental dentro de una civilización gobernada por algoritmos invisibles y empresas hambrientas de poder.

Pero no seamos ingenuos, la IA ya está en nuestras vidas más de lo que creemos. ChatGPT es solo uno de sus tantos tentáculos que buscan hacernos más productivos. Porque si antes nuestros chats entrenaban a la IA, hoy es la IA quien nos entrena para producir más, ya que como dice el dicho, “si algo es gratuito, es porque el producto eres tú”.

YouTube (Taller)

Técnicas Didácticas con Inteligencia Artificial (Prof. Dr. Gustavo Martin)

Spotify (Podcast)

<https://open.spotify.com/episode/3eJ7T7XjB9TuO4YM1Ss6dF?si=tijoMqSmRtm9taM9zO1oDg>

Drive (Libro)

<https://drive.google.com/file/d/1H3Hxs6iGxHAU5SnFir8UF7mu3UPkFk3P/view?usp=sharing>

CONTACTO:

revistanuevaola@rinconpolitico.com

Editor Responsable:

Mauricio Travaglia

¿Puede un partido político sobrevivir sin entender cómo funciona un algoritmo?

Mariano Agustín Frairia
marianofrairia@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 02 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Frairia, M. A. (2026). ¿Puede un partido político sobrevivir sin entender cómo funciona un algoritmo?. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 2.

Introducción:

¿Puede un partido político sobrevivir sin entender cómo funciona un algoritmo? Durante décadas los partidos políticos construían poder a través de una comunicación de forma vertical, es decir de una manera más clientelista y jerárquica, sin tener en cuenta que pensaban, qué sentían y cómo actuaban sus votantes, hoy en día a través de la consolidación de las redes sociales este poder se construye de una manera horizontal es decir a través de los comportamientos digitales de los distintos usuarios se da una comunicación de manera interactiva entre lo que piensan sienten y actúan los usuarios y mediante esto los políticos utilizan una comunicación de forma estratégica para retener votantes y captar a nuevos. Además también tiempo atrás la militancia tradicional se centraba únicamente en territorios físicos, ya sea a través de actos, caminatas barriales, comités, reparto de folletos, entre otras acciones. Sin embargo en la actualidad con la irrupción de las redes sociales y el uso masivo por parte de los seres humanos, se ha convertido en un mundo vital para la construcción de poder y de disputa de la atención y percepción pública. Es decir, los partidos para sobrevivir deben entender cómo funciona este nuevo espacio, regido por algoritmos, para lograr imponerse y obtener resultados exitosos en términos electorales.

Desarrollo

La atención cambió de lugar: de la calle a la pantalla

A pesar de que el espacio territorial es fundamental para la construcción de poder, las redes sociales son el principal canal en el cual se da la conversación pública. Por lo cuál es vital que los partidos comprendan cuál es la lógica de funcionamiento de los algoritmos para poder captar la atención de los usuarios y así poder dominar dicha conversación e imponer poder para tener éxito electoralmente y poder subsistir en esta nueva lucha del mundo virtual.

Un algoritmo, en una aproximación general sobre lo que significa, es aquel sistema que organiza y prioriza información según los comportamientos de los distintos usuarios en las diversas plataformas digitales, es decir el algoritmo toma

decisiones en relación a una base de datos que le ha sido consignada anteriormente y así toma decisiones de forma automática para organizar y priorizar muestra de información para cada usuario en particular según su comportamiento, a partir de lo que mira, comenta, busca o comparte. En síntesis los algoritmos definen qué es lo que vemos, que sentimos y qué temas entran o quedan fuera de la conversación pública.

El votante digital como actor emocional

Otra cosa clave que tienen que tener en cuenta los partidos políticos actualmente es que el votante actual ya no procesa discursos largos o programas de propuestas extensos. En una sociedad envuelta por la inmediatez de las redes sociales, el usuario se mueve por estímulos breves, visuales y cargados de emoción.

Es decir para captar la atención de los usuarios/votantes, los partidos políticos no deben solo “subir contenido”, sino que el mismo debe estar cargado de emoción y una narrativa estratégica para que sea captada por los algoritmos de las distintas plataformas digitales y así influir en la percepción de los ciudadanos captando su atención y dominando la conversación pública.

La política algorítmica ya no se construye principalmente desde los discursos, sino más bien desde un enfoque emocional condicionado por los algoritmos de las distintas plataformas digitales que priorizan aquellas emociones que sorprenden, indignan, enorgullecen o generan identificación. Es decir la mayoría de personas en la actualidad votan más en relación a las emociones que le genera un determinado partido político que por sus ideas que promulgan en sus discursos, el cuál sentimientos como la bronca, el orgullo, el miedo, la esperanza o la pertenencia son los verdaderos motores de la opinión pública en las redes sociales, donde la narrativa emocional desplaza al argumento racional como principal herramienta de influencia o construcción de poder.

Datos, Percepción y Narrativa: 3 aspectos centrales de la política algorítmica

La política algorítmica es aquella convergencia entre datos, percepción y narrativa para la disputa de poder en las plataformas digitales y dominio de la conversación pública. Como se dijo anteriormente no es solo “usar redes sociales y subir contenido”, sino que significa que los partidos políticos deben ser estratégicos y entender que es lo que emociona a cada grupo o segmento de usuarios, cómo deciden los algoritmos de las distintas plataformas o redes ya sea Tik Tok, Instagram, X, Facebook, YouTube, entre otras, y cómo crear contenido para captar la atención pública a través de los contenidos.

Por lo tanto es primordial tener en cuenta los tres aspectos fundamentales para llevar a cabo estratégicamente una política algorítmica y que se retroalimentan entre sí; los datos, es decir aquella información que dejan los usuarios como comentarios, intereses, likes, compartidos, tiempo de visualización entre otros; la percepción, es decir lo que las personas interpretan o sienten como es la realidad; y por otro lado la narrativa donde se cuentan historias para dar sentido, orden y coherencia a una idea, proyecto o razón de votar a través de la

generación de emociones en los usuarios, en un mundo digital donde quien domina la percepción mediante la construcción de un relato domina la conversación pública.

Conclusión:

Volvemos a la pregunta inicial: ¿puede un partido político sobrevivir sin entender cómo funciona un algoritmo? La respuesta es totalmente un no, como se dijo anteriormente modernizarse no significa solo crearse cuentas en Tik Tok e Instagram y subir contenido, va más allá de eso, sino también de entender cuál es la lógica de funcionamiento detrás de estas nuevas plataformas, esto significa en pocas palabras comprender cómo funcionan los algoritmos, y así subir contenido de manera estratégica para dominar la conversación pública en el mundo digital y tener la atención suficiente para poder ser digno de un partido que disputa el poder. En síntesis, Un partido debe ingresar y competir políticamente en la lógica del poder digital, a través de la lucha por la percepción pública, el liderazgo y la atención de los usuarios mediante la compresibilidad y uso de los algoritmos.

¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia?

Medios, redes sociales y la construcción digital del deseo de pertenecer

Sabrina D. Pietrovzki

sabrinapietrovzki99@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 03 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Pietrovski, S. D. (2026). ¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia?. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 3.

¿Hasta qué punto nuestras decisiones son propias en un contexto donde el resurgimiento de la derecha global, el miedo y las RR.SS. reordenan libertades que creíamos conquistadas?

La pregunta no es menor. En los últimos años vimos cómo agendas conservadoras volvieron para instalarse con una fuerza inesperada, cuestionando derechos y apelando a una nostalgia que promete orden a cambio de retrocesos. Sin embargo, ese avance no ocurre solo en lo político, sino que se sostiene en una arquitectura comunicacional que hoy determina qué consideramos real, normal o deseable, e inevitablemente, quiénes merecen determinados derechos.

Cuando los medios dejan de informar y empiezan a producir vulnerabilidades

Los medios tradicionales siguen operando como cuarto poder, construyendo agenda y, en consecuencia, condicionando qué problemas merecen intervención estatal. Las redes sociales, sin embargo, se consolidaron como un quinto poder informal, sin controles y con una capacidad mucho más profunda. Ya no se limitan solo a informar, sino que ahora también moldean identidades. Esta estructura comunicacional no solo describe vulnerabilidades existentes, sino que muchas veces las produce.

En la perspectiva latinoamericana, la vulnerabilidad es construida socialmente. No nace de la nada ni sólo de circunstancias individuales. Surge cuando las estructuras dejan a ciertos grupos expuestos o directamente los señalan como problema. Este mecanismo es profundamente político. Si los medios masifican discursos que asocian derechos de género con caos, o diversidad con “peligro cultural”, entonces la vulnerabilidad no es una situación preexistente, es el resultado de una decisión editorial que luego se traslada a decisiones políticas.

Afirmamos que las políticas públicas no nacen en el Estado, sino en estas controversias que la sociedad expone y amplifica. Veamos los casos de divorcio, ESI, matrimonio igualitario o violencia de género: todo empezó como discusiones

sociales. Por eso importa entender que, cuando los medios y las redes deciden qué se discute, también deciden qué derechos pueden existir o dejar de hacerlo.

La pertenencia como motor de la vulnerabilidad social y las políticas públicas

La cultura digital intensificó una presión silenciosa, la necesidad de pertenecer. Hoy la pertenencia no se busca en la comunidad física sino en tribus digitales. Lo que consumimos, decimos y pensamos queda atravesado por el deseo de formar parte de un grupo que parece encajar en la estética dominante del momento.

Antes, cada país tenía modas propias, ritmos propios, consumos propios. Hoy todo es igual en todas partes. Lo que debería ser diversidad se transformó en un todo que borra identidades, culturas y particularidades.

La vulnerabilidad social se ve claramente en estos procesos: quiénes no encajan quedan afuera; quiénes no reproducen la moda, silenciados; quienes defienden lo propio, ridiculizados; quienes intentan pensar distinto, expulsados del grupo.

La presión por pertenecer reemplaza la discusión política por la repetición emocional. La derecha contemporánea lo entendió rápido, el miedo moviliza más que cualquier programa y las redes son el mejor vehículo para activarlo. Se amplifica así la idea de amenaza constante. La mujer que reclama derechos se vuelve “enemiga del orden”; el inmigrante, “culpable del deterioro económico”; el feminismo, “ideología peligrosa”.

No hay novedad en este discurso, lo novedoso es su eficiencia emocional. Contenidos simples, virales, repetibles. Memes que construyen sentido común. Clips que recortan la realidad para generar indignación. Sobre esto se instalan políticas regresivas que avanzan más rápido de lo que la sociedad puede debatirlas o comprenderlas.

La falta de políticas públicas es también una política. En la pandemia lo vimos con claridad, personas sin agua obligadas a “lavarse las manos”, familias sin recursos obligadas a “confinarse”. La vulnerabilidad no estaba en

ellas, estaba en la ausencia del Estado. Aquí aparece otra dimensión de la vulnerabilidad, la programática. Cuando el Estado hace suyas estas narrativas o decide dejar de intervenir, produce vulnerabilidad.

Las políticas públicas deberían diseñarse con metas claras y basadas en evidencia. Sin embargo, en este clima emocional amplificado por redes, medios y miedos, muchas políticas terminan respondiendo a lo impuesto y no a lo realmente necesario.

Está claro: cuando los discursos instalados presentan a la violencia de género como “exageración”, la política se retrae; cuando sostienen que las minorías son “agenda ajena”, se recortan programas. Lo político debería ser el espacio donde debatimos colectivamente hasta alcanzar consensos, pero hoy la conversación pública está secuestrada por narrativas que se viralizan más rápido de lo que podemos analizarlas. Y ese recorte emocional termina definiendo qué políticas existen y cuáles desaparecen.

Identidad, nación y la pérdida de lo propio

La identidad nacional es otra dimensión que no podemos ignorar. Sabemos que una nación no es una frontera ni un límite territorial establecido. Es una construcción simbólica, resultado de aprender quiénes somos, qué historia nos antecede, qué cultura compartimos.

Por eso la educación pública fue históricamente pilar del sentimiento de pertenencia. Así, la educación viene a construir una identidad colectiva; nos enseña bandera, himno, próceres, comidas típicas, historias compartidas. Sin esto, no hay nación.

Cuando un gobierno deslegitima este marco y plantea que debemos “parecernos más” a otro Estado, lo que erosiona no es un contenido escolar, es la raíz misma del colectivo. Cuando además esa deslegitimación es amplificada por redes donde lo propio siempre es comparado, degradado o reemplazado por lo que circula globalmente, la identidad se diluye.

El dispositivo que tenemos en mano nos dice que lo nuestro no alcanza; que la canción local no es tan buena como la extranjera; que el mate no es tan cool como el nuevo café viral. Nos dicen constantemente que algunas tradiciones argentinas son las que hay que cambiar.

¿Dónde queda entonces el sentimiento de pertenencia?

¿Dónde queda la nación si lo nacional se vuelve objeto de burla?

¿Dónde queda la identidad cuando la política nos pide dejar de ser quiénes somos?

A la vulnerabilidad programática se suma otra, la cultural. Cuando la identidad se debilita, la sociedad queda más expuesta a discursos regresivos que prometen orden a cambio de obediencia. La pérdida de lo propio debilita la capacidad de resistir retrocesos, porque sin identidad colectiva no hay comunidad política; y sin comunidad política no hay derechos que aguanten.

Decidir en un mundo que decide por nosotros

Volvemos a la pregunta inicial: ¿quién habla cuando creemos que hablamos por cuenta propia? La respuesta es incómoda, pero necesaria.

Actualmente decidimos en un ecosistema donde los medios y las redes sociales moldean identidades y legitiman políticas que retroceden en materia de derechos conquistados. El giro conservador no es sólo ideológico, es comunicacional. Se apropia de miedos, nostalgia e identidades frágiles para reinstalar desigualdades históricas.

Si queremos recuperar autonomía política y proteger derechos conquistados, necesitamos reconstruir identidad, exigir políticas basadas en datos y recuperar espacios públicos donde la sociedad pueda debatir sin depender del algoritmo.

En definitiva, si renunciamos a lo propio, alguien más decide por nosotros

¿Quién protege a las infancias cuando el poder digital no tiene fronteras?

Derechos digitales de las infancias entre el derecho internacional y la gobernanza global

Milena Aichino
mileaichino@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 04 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Aichino, M. (2026). ¿Quién protege a las infancias cuando el poder digital no tiene fronteras?. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 4.

¿Puede el derecho internacional proteger efectivamente los derechos digitales de las infancias en un entorno dominado por plataformas globales que no responden a ningún Estado?

La pregunta condensa el epicentro de uno de los dilemas más urgentes del orden internacional contemporáneo. Mientras niños y niñas ingresan cada vez más temprano al ecosistema digital, la soberanía sobre su privacidad ha dejado de pertenecer a los Estados para quedar así bajo el control de gigantes tecnológicos y actores privados que operan más allá de las fronteras.

El problema no radica en la ausencia de normas, sino en la distancia entre el reconocimiento de los derechos y su vigencia real. Debemos entender que los derechos fundamentales solo existen plenamente si están acompañados por garantías institucionales, tanto de carácter jurídico como material. Según Ferrajoli, la validez de un derecho no es solo formal, sino que requiere de mecanismos que exijan, controlen y reparen. (2001, en Cantaloube, 2024, p. 1084). En el entorno digital, esta distancia se amplía, y pierde por completo el control, de tal forma que los Estados declaran derechos digitales que se convierten en meras expresiones de deseo frente a corporaciones donde cuyo poder económico y tecnológico supera y desafía cualquier autoridad.

En consecuencia, esta tensión se vuelve grave cuando se trata de niños. La idea de que “saben manejarse” en internet o que “vienen con el chip incorporado” suele ocultar una desigualdad estructural de dominación. Que los niños naveguen con simplicidad y neutralidad no significa que comprendan la ingeniería que hay detrás, no cuentan con herramientas reales para comprender como funcionan los sistemas de recolección de datos que funcionan tras cada clic, ni para dimensionar el peso de una huella digital permanente en sus móviles. Bajo esta asimetría, la idea de un consentimiento libre se transforma en una ficción administrativa que el derecho internacional todavía no logra desentrañar.

Los datos lo confirman. La mayoría de los niños y niñas acceden a su primer teléfono celular alrededor de los nueve años, cuando aún no cuentan con herramientas para asimilar los

riesgos que esto conlleva. Este ingreso temprano no es neutro, sino que implica una exposición prolongada a plataformas diseñadas para captar atención, moldear conductas y recolectar información. Cuanto antes comienza este vínculo, más difícil resulta luego pensar en límites, consentimiento o autonomía.

La privacidad aparece entonces como un derecho central, pero también como uno de los más vulnerados. “La privacidad se considera esencial para la autonomía, dignidad y seguridad de niños, niñas y adolescentes, y para el ejercicio de sus derechos” (Save the Children España, 2024, p. 9). Sin embargo, teniendo en cuenta lo citado: en la práctica, sus datos son objeto de procesamiento automatizado y vigilancia constante. No se trata solo de publicidad personalizada con relación a los algoritmos, sino también de la construcción de identidades digitales que pueden condicionar oportunidades futuras.

Por otra parte, pensar que un solo país puede regular internet es un error de diagnóstico. Las tecnológicas funcionan bajo una lógica global que ignora los límites territoriales, concentrando el poder en empresas que hoy son más fuertes que muchos Estados. Estamos ante un nuevo tipo de dominio que no se mide en kilómetros cuadrados, sino en control tecnológico; una realidad donde las fronteras tradicionales resultan totalmente insuficientes.

Bien se sabe entonces que, esta desigualdad es causada. Los productos digitales están formados estratégicamente y tienen como objetivo de negocio ser lo más rentable posible, simplificando al máximo el uso y generando algoritmos para fomentar el engagement (mayor tiempo de conexión). Muchos adolescentes reconocen pasar más tiempo conectados del que desearían, pero encuentran enormes dificultades al momento de desenfocar su atención en los algoritmos de las redes sociales. La vida social, la validación y la pertenencia de los niños y adolescentes están mediadas por plataformas digitales. Sumando a esto, la falta de mecanismos efectivos de verificación de edad responde a decisiones comerciales. Cuando un adolescente de 13 años accede a una red social cuya edad mínima es mayor, se trata de una lógica de

negocio que prioriza usuarios por sobre derechos.

La urgencia se vuelve crítica en el ámbito penal, donde la ciberdelincuencia y la explotación infantil aprovechan las grietas de una justicia que aún se detiene en las aduanas. Mientras el delito es transnacional y fluido, la respuesta jurídica sigue fragmentada en trámites sumamente burocráticos como así también existen discrepancias normativas que solo benefician al victimario. De esta forma, y con esta desconexión evidente se confirma que la seguridad de los niños depende hoy de una coordinación internacional que todavía es materia pendiente.

Aquí es donde el derecho internacional ofrece herramientas relevantes, pero aún incompletas. Instrumentos como el Convenio 108 y su versión actualizada, el Convenio 108+, que establecen estándares comunes para la protección de datos personales y reconocen categorías especialmente sensibles, desplazando la discusión del plano meramente nacional al internacional. Sin embargo, su alcance real sigue siendo condicionado por la brecha entre norma y poder; mientras los Estados negocian compromisos, las plataformas continúan definiendo tanto en los hechos como en las reglas del manejo en el contexto digital.

Como señala una de las reflexiones más contundentes sobre el tema, “La capacidad de trazar líneas legales para las formas legítimas e ilegítimas de intervenciones cibernéticas [...] es un tema extremadamente delicado. Esto se debe, en parte, a que los Estados que no han articulado suficientemente la forma en que las normas jurídicas internacionales consuetudinarias deben aplicarse en el ciberespacio” (UNODC, 2022, p. 129). La falta de reglas claras en el ciberespacio no es una omisión inocente. Al no existir un acuerdo sobre cómo aplicar el derecho internacional ante interferencias democráticas o ataques digitales, estamos aceptando un rotundo

vacío legal. El resultado de esto, es un escenario de indefensión: donde los Estados saben que deben actuar, pero tienen la dificultad de hacerlo por culpa de un sistema jurídico que se quedó en el siglo pasado.

En definitiva, la paradoja que define nuestro siglo es tan brutal como evidente, nunca antes los niños han estado tan conectados, como así también al mismo tiempo tan jurídicamente desprotegidos. El derecho internacional, aunque constituye un marco indispensable en el mundo, hoy no es más que una carcasa sin fuerzas frente a plataformas que concentran un poder soberano sin asumir una sola de sus responsabilidades. Si no somos capaces de fortalecer la gobernanza global con carácter de urgencia, seguiremos aceptando una realidad sumamente inaceptable, y esto es, que el futuro de las infancias sea una simple moneda de cambio en un mercado que ignora las fronteras pero que conoce perfectamente cómo nos movemos, que preferimos y cuáles son nuestras debilidades. Volviendo a la pregunta inicial, esto es un llamado a la acción política, porque mientras la ley no logre imponerse sobre los algoritmos, los derechos de los niños no serán garantizados por los Estados, sino administrados por el interés comercial.

BIBLIOGRAFÍA:

Save the Children España. (2024). Un análisis sobre derechos de la infancia y la adolescencia y su protección en el entorno digital. Madrid: Save the Children.

UNODC. (2022). Ciberdelito III: Guía práctica para un abordaje integral del fenómeno. Primera edición. Lima: Ministerio Público del Perú / UNODC.

Cantaloube, M. E. (2024). Material de Estudio Conferencia Magistral: Liderazgo en Gestión Pública como Garante de Derechos y Desarrollo Sostenible. Programa Internacional Liderazgo Diplomático Geopolítica y Gestión de Gobierno.

¿Liderar o excluir? Trump, la migración y los límites del Estado garante

Agostina Albornoz

albornozagostina005@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 05 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Albornoz, A. (2026). ¿Liderar o excluir? Trump, la migración y los límites del Estado garante. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 5.

¿Qué muestra el liderazgo de Donald Trump cuando la política migratoria deja de ser una herramienta de protección y pasa a convertirse en un arma política? En los últimos años, la migración pasó a ocupar un lugar central en el debate público estadounidense. Medidas históricamente presentes en la política migratoria comenzaron a aplicarse de manera más abierta y sistemática, como las restricciones al ingreso, las deportaciones aceleradas y los discursos que asocian la movilidad humana con una amenaza. Frente a este escenario, la pregunta no es solo qué políticas se aplican, sino qué tipo de poder se ejerce cuando el Estado decide gobernar la migración desde el control. Analizar este caso permite pensar hasta dónde llegan las facultades del Estado sobre las personas y qué papel cumple el liderazgo político cuando esas decisiones afectan derechos, instituciones y legitimidad democrática.

Desde la competencia personal del Estado

Cuando la política migratoria se usa como herramienta de exclusión, lo que está en juego no es solo el control de fronteras, sino la forma en que el Estado ejerce su poder sobre las personas. Como explica Gómez Alaniz, los Estados tienen competencia personal para decidir quién entra y quién permanece, pero ese poder no es absoluto. La soberanía está limitada por el derecho internacional, que prohíbe expulsiones arbitrarias, exige el debido proceso y rechaza decisiones sin una finalidad legítima. Estas reglas existen justamente para evitar que el Estado use su poder sin límites sobre personas que están en una situación vulnerable.

Sin embargo, el liderazgo de Trump actuó como si esas restricciones no existieran. El intento de restringir el *jus soli* (principio histórico que otorga la ciudadanía a quien nace en territorio estadounidense) muestra cómo la pertenencia dejó de pensarse como un derecho y pasó a ser un privilegio condicionado. La misma lógica se repitió en las deportaciones, con procesos rápidos, detenciones sin garantías y un discurso de seguridad usado para justificar decisiones que afectaron a muchas personas. El caso de más de 200 venezolanos deportados por supuestos vínculos con el Tren de Aragua lo ilustra con

claridad, ya que no hubo evaluaciones individuales ni acceso efectivo a la defensa.

Este escenario muestra un límite del derecho internacional, ya que su cumplimiento depende en gran parte de la voluntad política de los Estados, las normas existen, pero pierden fuerza cuando los países más poderosos deciden no respetarlas, Estados Unidos podría impulsar políticas migratorias más justas, pero elige endurecer las fronteras y trasladar responsabilidades a otros países, no se trata de un problema técnico sino de una decisión política. Cuando la soberanía se ejerce sin reconocer sus límites el derecho internacional queda reducido a un marco formal con poco impacto en la vida real de las personas migrantes.

Desde el Liderazgo público: el contraste con la gestión orientada a derechos

Cuando la política migratoria se gestiona desde el control y no desde la garantía de derechos, el problema deja de ser únicamente jurídico y pasa a ser un problema de liderazgo. Las decisiones adoptadas durante el gobierno de Trump muestran qué ocurre cuando el poder estatal se ejerce sin una lógica de creación de valor público. En lugar de fortalecer al Estado, estas políticas terminan debilitando su legitimidad y erosionando la confianza social, algo que la gestión pública permite analizar con claridad.

Desde esta perspectiva, Mark Moore sostiene que la función central del liderazgo público es crear valor público, es decir generar bienestar, garantizar derechos y fortalecer la legitimidad democrática. Sin embargo, el enfoque migratorio de Trump va en la dirección opuesta, en lugar de ampliar derechos los restringe, en vez de generar confianza produce miedo y en lugar de fortalecer la democracia usa a las instituciones como mecanismos de castigo. Como también advierte Peter Drucker, gobernar no es solo ser eficiente sino hacer lo correcto, destinar recursos a muros, arrestos y deportaciones rápidas mientras se dejan de lado políticas de integración y acceso a derechos muestra una desviación del rol del Estado, donde la protección es reemplazada por la exclusión.

Esta ruptura se vuelve todavía más clara desde la mirada de Cantaloube y la teoría del Estado garante de derechos, un Estado moderno solo funciona cuando liderazgo, gestión, estrategia, derechos humanos y desarrollo sostenible actúan de forma articulada, bajo el liderazgo de Trump esa coherencia se pierde y el control pasa a imponerse sobre las garantías, como muestra la inversión de millones de dólares que el Departamento de Seguridad Nacional (DHS) planea gastar para comprar aviones destinados a operaciones de deportación, fortaleciendo la infraestructura de expulsión más que políticas sociales.

Como señala Ferrajoli, los derechos solo existen de manera plena cuando hay mecanismos efectivos que los protejan, cuando se debilitan el debido proceso, la defensa y la revisión judicial los derechos quedan reducidos a simples declaraciones formales, y estas decisiones políticas, que no están acompañadas de mecanismos de protección, terminan dejando a las personas migrantes sin garantías reales.

Además, este estilo de liderazgo supera las fronteras de Estados Unidos, ya que al trasladar el control migratorio y las responsabilidades a América Latina se consolida una lógica regional de exclusión que convierte a la política migratoria en una herramienta de control más que en un medio de organización social, intensificando la desigualdad y afectando a millones de personas que buscan protección o mejores condiciones de vida.

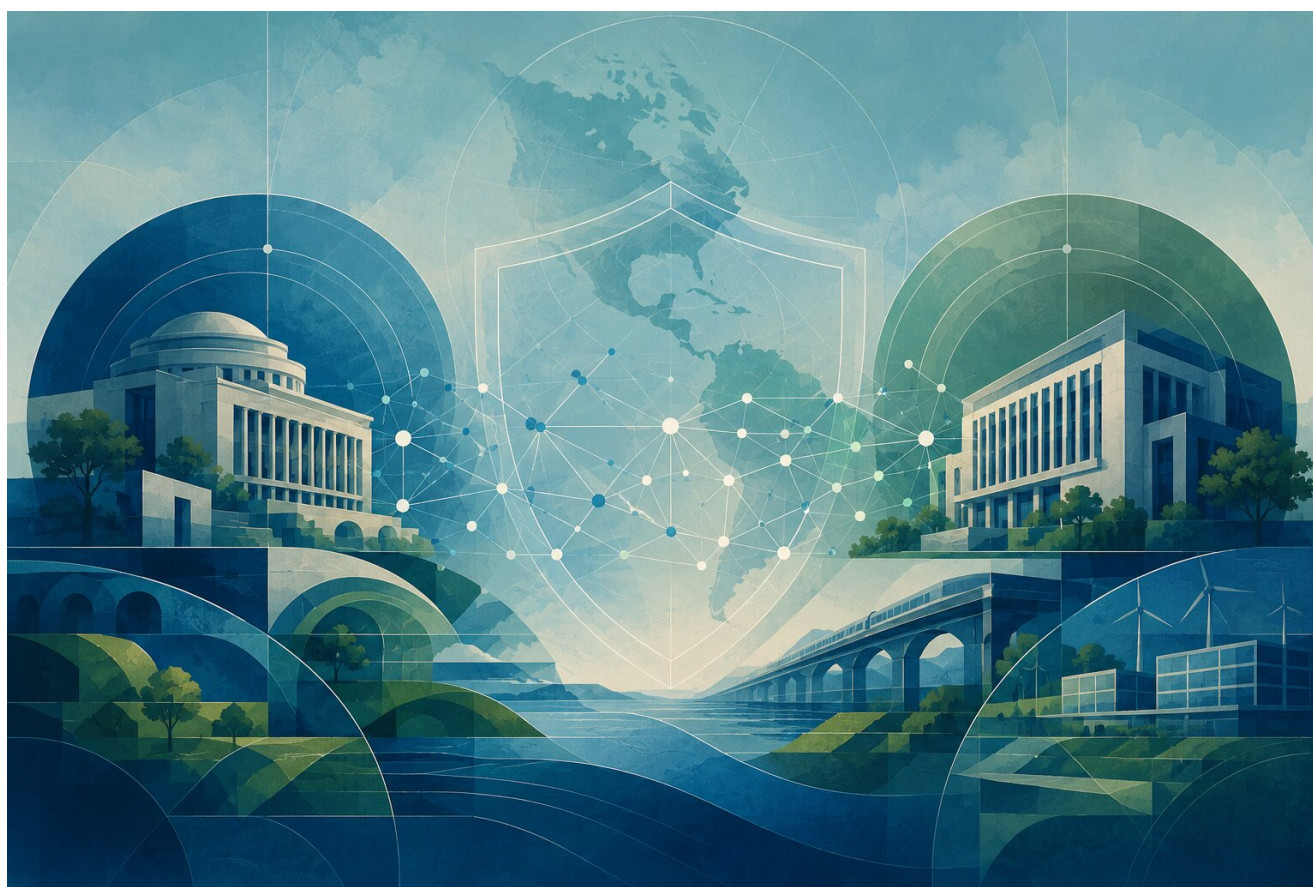
Conclusión: liderar no es cerrar fronteras, es ampliar derechos

Al final, volver a la pregunta inicial es inevitable, ¿qué nos muestra realmente el liderazgo de Donald Trump al usar la política migratoria como un arma de poder? Para mí, muestra un modelo de liderazgo que se aleja completamente de lo que debería ser la gestión pública orientada a los derechos, no hay creación de valor público, ni responsabilidad ética, ni compromiso con un Estado que garantice dignidad, igualdad y justicia, en cambio se ve un uso de la soberanía para reforzar desigualdades y excluir a quienes ya están en situación de vulnerabilidad. Liderar no es cerrar fronteras ni acumular detenciones, sino construir instituciones que sostengan derechos, tomar decisiones que amplíen la protección y reconocer que la movilidad humana no es una amenaza sino una realidad del mundo actual. Un liderazgo verdaderamente democrático no convierte a las personas migrantes en enemigas ni las usa políticamente, sino que las reconoce como sujetos de derechos, tal como plantean los enfoques de gestión pública centrados en la dignidad.

Este desafío no es exclusivo de Estados Unidos, cada vez que un Estado responde a la movilidad humana desde el miedo, el castigo o la exclusión, pone en crisis el sentido mismo del liderazgo público. La pregunta de fondo no es cuántas fronteras se cierran sino qué tipo de Estado se está construyendo, porque un liderazgo que gobierna sin respetar los derechos puede ejercer poder, pero no puede sostener legitimidad ni futuro.

Diplomacia de Resultados: el Escudo de las Américas como motor de bienestar y desarrollo

Andrea Céspedes González
acesgo13@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 06 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Céspedes González, A. (2026). Diplomacia de Resultados: el Escudo de las Américas como motor de bienestar y desarrollo. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 6.

El “Escudo de las Américas” constituye un acuerdo de cooperación regional suscrito entre la República de Costa Rica y la República de El Salvador durante la visita oficial del presidente Rodrigo Chaves a su homólogo Nayib Bukele, el pasado 12 de diciembre. Este convenio, considerado estratégico por ambas administraciones, establece un marco de acción concreto para la articulación de capacidades en la lucha contra el crimen organizado y el fortalecimiento de la seguridad nacional. Su relevancia radica en una voluntad política explícita de cooperación, sustentada en el reconocimiento de que los intereses fundamentales el bienestar ciudadano y el desarrollo económico son compartidos y no pueden garantizarse mediante enfoques aislados.

La creciente interdependencia global exige este tipo de aproximaciones estratégicas. Datos recientes de las Naciones Unidas indican que más del 85 % de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) dependen de acciones que trascienden las fronteras nacionales, particularmente en ámbitos como la paz, la justicia y la seguridad. En este contexto, la seguridad deja de ser un concepto abstracto para consolidarse como un prerrequisito estructural del desarrollo. Una diplomacia activa orientada a la cooperación en materia de seguridad constituye, por tanto, una inversión política y económica destinada a acelerar el crecimiento regional de forma sostenible.

La experiencia reciente de El Salvador aporta un sustento empírico que no puede ser desestimado desde prejuicios ideológicos. El país logró una transformación sustantiva al pasar de tasas de homicidios superiores a los 100 por cada 100 000 habitantes (entre las más elevadas a nivel mundial) a registrar actualmente los indicadores de seguridad más favorables de la región. Esta transición evidencia que la recuperación del control territorial y del orden público no responde al azar, sino a procesos de planificación rigurosa, liderazgo político y ejecución estratégica. Para Costa Rica, que enfrenta un deterioro acelerado de su seguridad producto de la expansión de estructuras criminales transnacionales, analizar y adaptar estas experiencias representa un ejercicio de responsabilidad política y una estrategia de

Estado fundamental.

La firma del convenio Escudo de las Américas establece un marco de cooperación orientado a la integración de capacidades técnicas, operativas y de inteligencia. Como ocurre en los principales esquemas de gobernanza internacional, ningún Estado puede enfrentar en solitario al crimen organizado debido a su carácter transfronterizo y altamente adaptable. Se requiere, por tanto, una diplomacia de seguridad capaz de negociar protocolos comunes, construir alianzas sostenibles y, especialmente, facilitar el intercambio oportuno de información estratégica. En este contexto, resulta pertinente reconocer el respaldo diplomático constante de los Estados Unidos a Costa Rica en materia de seguridad y combate al narcotráfico, como parte de una arquitectura regional más amplia.

Desde una perspectiva de gestión pública y de procesos, la seguridad nacional exige sistemas eficientes, indicadores de gestión claros y una logística de respuesta inmediata. El problema crítico radica en que, mientras el crimen organizado opera con estructuras ágiles y flexibles, los Estados suelen gestionar sus procesos de seguridad de forma lenta y burocrática, a menudo amparados en justificaciones diversas que van desde el desconocimiento técnico hasta la corrupción sistémica. Integrar las lecciones aprendidas de El Salvador permite a Costa Rica reducir significativamente la curva de aprendizaje y optimizar el uso de sus recursos públicos para combatir de forma directa y decisiva el impacto de las bandas en la estructura social costarricense.

La diplomacia económica desempeña asimismo un rol central en este acuerdo. Está ampliamente documentado que los países que desarrollan estrategias exteriores activas y coherentes logran mayores niveles de confianza internacional y atracción de inversión. El Escudo de las Américas no persigue únicamente objetivos operativos de persecución penal, sino un propósito estratégico más amplio: reducir el riesgo país y consolidar un entorno seguro que permita al sector productivo operar bajo reglas claras, fomentando la generación sostenida de empleo y riqueza.

El desafío fundamental de esta alianza reside en asegurar su continuidad institucional y ejecución técnica, más allá de los ciclos electorales. La mera suscripción del acuerdo resulta insuficiente si no se acompaña de mecanismos que garanticen su permanencia como política de Estado. Esto exige que la voluntad ciudadana, expresada en las urnas, sea congruente con la continuidad estratégica, demandando que los demás poderes del Estado ejecuten los cambios perentorios que garanticen la mejora continua del sistema de seguridad.

El Escudo de las Américas es expresión de una convergencia de liderazgos que han demostrado una capacidad transformadora en la gestión pública, reflejada en indicadores concretos de bienestar. El liderazgo político auténtico se mide por la trascendencia de sus decisiones y por el legado que estas dejan a las generaciones

futuras. En este sentido, la seguridad y la paz, derechos fundamentales y condiciones esenciales del bienestar social, no constituyen aspiraciones retóricas, sino el resultado de decisiones estratégicas adoptadas en el presente para evitar costos históricos irreversibles, como los que El Salvador experimentó durante décadas.

Por tanto, la cooperación multilateral no representa únicamente una opción diplomática, sino un instrumento político indispensable para convertir el bienestar social en una realidad tangible y duradera. Si se garantiza su continuidad y ejecución con rigor técnico, el Escudo de las Américas podrá consolidarse como un modelo regional ejemplar de Diplomacia de Resultados, donde la seguridad se articula directamente con el desarrollo, la gobernabilidad y la dignidad humana.

07

Siglo XXI, ¿el renacimiento de una posmodernidad global?

La asimilación técnica de la modernidad y el futuro de la civilización global

Joshua Lentulus Aivazian

joshualentulusmina@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 07 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Lentulus Aivazian, J. (2026). Siglo XXI, ¿el renacimiento de una posmodernidad global?. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 7.

La modernidad se define como el periodo histórico acontecido entre el fin de la edad media, con la caída de Constantinopla a manos del imperio Otomano en el año 1453, hasta nuestros días. A lo largo de los siguientes siglos se dieron una serie de innovaciones técnicas y científicas pensadas desde la excepcionalidad europea. Sin embargo, la excepción no hace a la exclusividad de una época vinculada a una civilización. Sino que esta va mutando, junto a las distintas unidades políticas que se le adaptan.

La modernidad dio origen a una técnica que condujo a importantes avances y descubrimientos en el campo de las ciencias naturales, lo que retroalimentaba la convicción utilitaria del antropocentrismo, y la “razón” como base de legitimidad de los posteriores proyectos imperialistas. La razón como fuente, y el individuo como sujeto en la modernidad, significó una ruptura con la tradición cristiana europea, y un cambio en la visión que se poseía del mundo. Las exploraciones ultramarinas iniciadas por los españoles y portugueses, se sirvieron del universalismo cristiano, convertido en un universalismo civilizatorio, en donde la cultura y la raza eran objetos de comparación y medición “empírica”, partiendo de la resultante primacía de una civilización sobre otra tras cada primer encuentro. Ello dio origen al relato del supremacismo moderno, con la calificación de “salvaje” de todo pueblo que no fuera idéntico al europeo en apariencia y costumbres.

Mientras los avances técnicos impulsaron transformaciones sociales y consolidaban mercados y extensas colonias de ultramar entre los siglos XV y el XX, con el uso extensivo de la máquina de vapor y luego los motores de combustión interna, otras civilizaciones se encontraban “retrasadas” o estancadas frente a dichos avances. Este “retraso” comparativo dio pie a la cosmovisión europea del progreso y su destino histórico de conducir el ascenso de la prosperidad humana. Sin embargo, este “retraso” no se trataba de un condicionamiento racial o climático, sino de un proceso paulatino de asimilación tecnológica en la que todas las sociedades se han enfrentado en algún momento de su historia.

Estas tecnologías, eran aplicadas en dos campos predominantes, el militar y el transporte, garantizando la expansión territorial del proyecto imperial. Un ejemplo de ello fueron los llamados “imperios de la pólvora”, que fueron tres extensos imperios islámicos en Asia central entre los siglos XIV y XVII. Los historiadores, William H. McNeill y Marshall GS Hodgson, acuñaron el término “imperios de la pólvora” al observar que tres vastos imperios, el Imperio Otomano, el Imperio Safávida y el Imperio Mogol, surgieron casi al mismo tiempo en la región.

Su expansión se debió gracias al uso de cañones, que podían derribar fácilmente los muros de los castillos, sofocando cualquier rebelión de los gobernadores, y la conformación de cuerpos de tiradores de mosquetes, lo que les permitió un aumento en la capacidad militar. El sultán otomano Murad I, (1362 a 1389), construyó el cuerpo de jenízaros, una fuerza armada con mosquetes, leales sólo a él. El fundador del Imperio mogol, Babur (1526-1530), usó mosquetes y cañones para expandir su imperio hacia la India central en 1526. El emperador safávida Abbas el Grande (1588-1629) reunió una fuerza de 12.000 mosqueteros y 500 cañones.

En occidente, durante el periodo de la modernidad, en cambio, nos encontramos con una singularidad que dio inicio a un nuevo proceso imperialista guiado por el comercio y la industria. Entre los siglos XVI y XX, a causa de la supremacía oriental del imperio Otomano, fueron expandiéndose las redes comerciales navieras de los florecientes imperios ultramarinos de Holanda, Gran Bretaña, Francia, Portugal y España, generando en simultáneo una competencia mutua que diversificó y masificó los asentamientos coloniales a lo largo del mundo.

El mercantilismo y la posterior revolución industrial significaron los fundamentos materiales de la singularidad moderna, que rompió con la tendencia de los imperios políticos terrestres. Ya que el poder político dejaba de depender de pactos con pueblos integrados a una unidad imperial, a cambio de tributos por protección, a pasar a depender del poder industrial productivo, de un Estado-nación. Esta nueva innovación política modificó las relaciones sociales, al integrar a los súbditos del rey a una

nueva identidad territorial, rompiendo con las distinciones culturales, a una educación que masificaba y controlaba los relatos de dicha identidad.

El siglo XIX, fue testigo de la primera asimilación imperial de la modernidad por fuera de Europa, los Estados Unidos y el imperio Japonés. Ambos países pasaron por un proceso de guerras internas que enfrentaban un modelo esclavista y de servidumbre, incompatible con un modelo de proletarianización y desarrollo comercial de la modernidad, potenciada en su base material industrial. Japón asimilaba el contexto internacional, al poner fin a su política sakoku (país cerrado), emprendiendo un proceso de modernización llamado periodo Meiji. Logrando hacerse con las últimas innovaciones técnicas en armas, industria y transporte, les permitió emprender su proyecto imperial regional. En paralelo, Estados Unidos, con la conquista del oeste americano, se hizo con el control bioceánico de América del Norte. Gracias al ferrocarril y a una poderosa marina de guerra, emprendió un proceso de intervenciones militares en su región, y luego en Asia y Europa, dando origen al primer choque de proyectos civilizatorios de la modernidad.

Estos choques se fundamentaban en la diferencia originaria de los universalismos imperiales, conducidos por los distintos supremacismos nacionales. Así, el imperio británico, el germanico, el japonés, el norteamericano y el tardío imperio soviético, se enfrentaron a lo largo del siglo veinte por la supremacía ideológica de una modernidad que mutaba en sus elementos materiales y culturales más rápidamente que los imperios que afirmaban representarla. Las ideologías supremacistas en lo racial, la clase social y la fe, fueron menguando, mientras nuevos nacionalismos iban surgiendo, y una nueva percepción internacional.

Estas nuevas naciones, se encontraron. tras sus independencias, enfrentados en torno a tres posiciones desafiantes en la segunda mitad del siglo veinte. Una que veía en el mercantilismo un medio de desarrollo vinculado a las potencias occidentales, otra que rechazaba al capitalismo

como modelo de organización, y optaba por la concentración del poder político y económico en el Estado, y una tercera que buscaba un modelo soberanista de modernización. Esta tercera vía, tuvo su expresión ideológica en el maoísmo, que tras la unificación de China en 1949, inició un proceso de abrupta industrialización de carácter autárquico y antiimperialista, rechazando el modelo occidental.

Tras la disolución de la URSS y el auge de la comunicación digital, la robótica y la inteligencia artificial, la centralización económica y científica de los imperios modernos y los procesos soberanistas de asimilación de sus tecnologías, dan continuación, en el siglo XXI, de los procesos transversales de asimilación tecnológica. Sin embargo, estas asimilaciones encuentran una singularidad en la posmodernidad imperante, el cuestionamiento de sus fines. Una industrial mercantil basada en la explotación de los recursos naturales ha presentado sus límites en su imaginario proyecto de universalización. Mientras que potencias emergentes, partiendo de confederaciones y bloques regionales, cuestionan la primacía política de las antiguas hegemonías occidentales, institucionalizadas en los organismos internacionales de la segunda posguerra.

Con estos dos desafíos civilizatorios, se dará continuación a una posmodernidad y su futuro ordenamiento político, en un mundo más conectado que antes, acelerando los procesos de interdependencia, asimilación técnica y desarrollo social. Por lo que si en la premodernidad, hasta comienzos del siglo veinte, el imperio fue la unidad prevalente del poder político territorial, en la modernidad lo son los Estados nacionales, en un proceso de soberanías políticas interdependientes con las potencias occidentales, en la posmodernidad, con una ciencia y tecnología asimilada por naciones que cuestionan la supremacía cultural e ideológica occidental, ¿cuál será la consiguiente configuración territorial del mundo y bajo cuáles nuevas instituciones?. Estudiando el pasado, encontraremos las pistas del futuro de la civilización humana.

08

Elecciones Colombia 2026: drones, “tigres” y las paradojas de una democracia en crisis

Gustavo Löbbe

revistanuevaola@rinconpolitico.com (contacto editorial)



DESCARGAR ARTÍCULO 08 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Löbbe, G. (2026). Elecciones Colombia 2026: drones, "tigres" y las paradojas de una democracia en crisis. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 8.

El calendario electoral colombiano avanza y a las puertas de los comicios del 31 de mayo de 2026, la nación se encuentra sumergida en una contradicción que desafía cualquier manual de ciencia política tradicional. Mientras los indicadores de seguridad se desploman y nuevas amenazas tecnológicas transforman el paisaje del conflicto, el oficialismo, lejos de desgastarse, se mantiene firme en la cima de las encuestas.

¿Cómo es posible que un país con una percepción de descontrol estatal tan aguda no haya dado la espalda al proyecto de gobierno actual?

Esta paradoja sitúa la próxima cita en las urnas no solo como una transición administrativa, sino como una prueba de fuego para la supervivencia de las instituciones. Colombia no solo elige un presidente; elige un método para recuperar el monopolio de la fuerza en un territorio donde la gobernanza ya no es un ejercicio exclusivo del Estado, sino una disputa diaria contra estructuras ilegales que administran la vida y la muerte en la periferia.

El "Efecto Outsider": Abelardo de la Espriella y el manual de la "Mano de Hierro"

En este ecosistema de constante incertidumbre ha emergido con fuerza Abelardo de la Espriella, un abogado mediático y empresario de 47 años que ha sabido capitalizar el miedo ciudadano. Bajo el apodo de "El Tigre" y al frente de su movimiento "Defensores de la Patria", De la Espriella ha construido una plataforma de "extrema coherencia" que se copia directamente de los manuales de Bukele, Milei y Trump. Sin embargo, su perfil encierra una ironía que todo analista agudo debe notar: se presenta como un outsider que desafía a las "castas", pero su pasado como abogado de figuras como el empresario Álex Saab y el reciente apoyo público de las élites económicas tradicionales sugieren que su ascenso es, en realidad, un reacomodo de las fuerzas de poder ante el vacío de autoridad.

Su propuesta es de una contundencia quirúrgica: confrontación militar total, megacárceles y bombardeos selectivos. Este discurso resuena con fuerza en un electorado que percibe un "momento existencial" frente a la expansión criminal.

"El movimiento no se trata de ideologías o espectros políticos, sino de extrema coherencia; el país vive un momento existencial frente a un gobierno que busca perpetuarse", sostiene el candidato.

Guerra de Drones y Gobernanza Criminal: El nuevo rostro del conflicto

El desafío que enfrentará el sucesor de Gustavo Petro ha mutado de forma dramática. Ya no estamos ante una insurgencia clásica, sino ante un ecosistema criminal que ha incorporado tecnología de punta. Durante 2025, el país fue testigo de una escalada técnica sin precedentes: se registraron 277 ataques con drones cargados de explosivos, una cifra que duplica los registros de años anteriores y que evidencia la obsolescencia de los esquemas de defensa tradicionales.

Este avance tecnológico es el síntoma de un mal más profundo: la consolidación de la "gobernanza criminal". Las estructuras ilegales, que ya superan los 27,000 integrantes tras un crecimiento del 23.5% en solo un año, han dejado de ser meras bandas de narcotráfico para convertirse en administradores sociales. El costo humano de esta mutación es devastador. El caso del Catatumbo es el ejemplo más doloroso: a principios de 2025, los choques entre el ELN y las disidencias provocaron el desplazamiento de 40,000 personas en apenas cuestión de días, contribuyendo a un aumento nacional del 85% en las cifras de desplazamiento forzado. En estas regiones, el Estado es una entelequia; la ley es la que dicta el fusil o el dron.

La Paradoja del Oficialismo: El fenómeno Iván Cepeda

A pesar de este sombrío panorama, Iván Cepeda, el heredero del proyecto progresista, lidera la intención de voto con un 44.6% según la encuestadora Invamer. Esta fortaleza se explica por una hábil maniobra de consolidación política: Cepeda ha logrado aglutinar no solo la base petrista, sino también el respaldo de figuras de peso del centro-izquierda como los exministros Juan Fernando Cristo y Luis Gilberto Murillo.

Su propuesta de "seguridad humana" busca evolucionar la controvertida política de "Paz

Total", priorizando la inversión social en territorios históricamente abandonados. Para sus seguidores, el regreso a la "mano dura" es un retroceso a fórmulas que contuvieron la violencia pero no dismantelaron sus causas estructurales. No obstante, su gran debilidad es la falta de resultados tangibles en el control territorial, un flanco que la oposición golpea con insistencia al señalar que la negociación sin fuerza solo ha servido para oxigenar a los criminales.

El Factor Bernie Moreno: Un puente (y una tensión) con Washington

La contienda también se libra en el ajedrez internacional. La llegada a Cartagena del senador republicano Bernie Moreno—estadounidense de origen colombiano—como observador internacional acreditado, ha añadido un componente de alta tensión. Moreno no ha ocultado su agenda: sus reuniones con candidatos de derecha como Paloma Valencia y De la Espriella tienen el propósito explícito de "promover acercamientos políticos de cara a una eventual segunda vuelta".

Esta participación ha sido interpretada por el presidente Petro como una "intromisión" inaceptable en los asuntos internos. Sin embargo, la figura de Moreno actúa como un recordatorio de que Washington observa de cerca el proceso, especialmente ante el temor de sectores conservadores estadounidenses de que

Colombia pierda definitivamente el rumbo institucional bajo el mando del progresismo.

¿Hacia dónde va la política colombiana?

Colombia se encamina hacia un choque entre tres visiones de Estado: la negociación y reforma social que abandera Cepeda; la confrontación militar total de De la Espriella; y la modernización institucional de Paloma Valencia, quien bajo su estrategia de las "4R" (Reducir rentas criminales, Robustecer la Fuerza Pública, Recuperar la confianza y Restablecer la legalidad) busca una síntesis técnica entre el orden y la ley.

Cualquiera que sea el ganador, se encontrará con un Congreso atomizado y un paisaje de gobernabilidad minado. Con el Pacto Histórico ostentando un 23% de las bancas y el Centro Democrático un 16%, el próximo presidente estará condenado a la transacción constante para evitar la parálisis legislativa que tanto afectó al actual mandato.

En un ecosistema criminal que evoluciona más rápido que las leyes y que desafía las fronteras de la tecnología, la pregunta que queda en el aire es vital para el futuro de la región: ¿Puede el próximo presidente recuperar el control efectivo del territorio sin sacrificar las libertades y garantías que definen a la democracia colombiana?.

09

El mapa político argentino 2026: ¿un campo minado?

Juan Antonio Alegre

revistanuevaola@rinconpolitico.com (contacto editorial)



DESCARGAR ARTÍCULO 09 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.ª edición

Alegre, J. A. (2026). El mapa político argentino 2026: ¿un campo minado?. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 9.

Argentina no da respiro, y lo que aparentaba ser un año tranquilo al no ser electoral, termina demostrando ser todo lo contrario en apenas cinco meses. ¿Acaso es el mapa político argentino un campo minado? Si así fuera, ¿quién corre el verdadero riesgo? Analicemos detenidamente el panorama. Luego de un 2025 bravo para todo el arco político, la sensación final luego de las elecciones de medio término de octubre pasado era de que el oficialismo nacional había obtenido una victoria de esas que tranquilizan, que permiten avanzar y transcurrir los restantes dos años de gestión en cierta paz y armonía. Por su parte, el peronismo se vio no solo derrotado en su propio bastión, la Provincia de Buenos Aires, sino fundamentalmente en el seno de su relato principal: “este gobierno no llega a...” - complete la frase con el mes que guste.- En tercer lugar, el incipiente espacio de Provincias Unidas se encontró a sí mismo en una posición incómoda: es perfectamente posible y habitual que un espacio nuevo no obtenga una victoria en sus primeros comicios, pero lo que no esperaban sus dirigentes era no figurar en el mapa, salvo en una sola provincia, Corrientes. Esto, claro, sin mencionar que esta única victoria se debe más al status quo mismo de dicha provincia que sostiene el mismo color político desde inicios de siglo. Aún así, los números fríos hablarían de un empate técnico con el oficialismo nacional: la diferencia entre ambos espacios en Corrientes fue menor a un punto. Visto así, el gobierno nacional tenía todas las condiciones dadas para un cierre de gestión más que favorable, teniendo en cuenta que había aumentado drásticamente la cantidad de bancas en ambas Cámaras. Si bien no le alcanzaba para tener una mayoría propia, las posibilidades de alianza con los sectores dialoguistas del PRO y otros espacios, le daban la tranquilidad necesaria para avanzar con los proyectos de ley más ambiciosos que habían quedado en el tintero de los primeros dos años de gestión.

Sin embargo, el 2026 le trajo sorpresas totalmente inesperadas. La primera llegaría desde el exterior: Estados Unidos, bajo la administración Trump, “rompió” el tablero geopolítico, empezando con el arresto de Nicolás Maduro y el gobierno de transición de Delcy Rodríguez, para luego avanzar junto a Israel

hacia Irán, desatando un nuevo conflicto en Medio Oriente. Esto, que parecía lejano para el elector promedio argentino, terminó impactando en una de las premisas fundamentales de este gobierno: la inflación. A pesar de ser un conflicto ajeno, la lucha por el control del Estrecho de Ormuz y el petróleo iraní, terminó dando de lleno en el valor del combustible y Argentina no estuvo exenta de esto.

Solo en el primer trimestre del año, se registraron subas del 2,9% en enero y febrero, al 3,4% en el mes de marzo, elevando la inflación interanual al 32,6% según datos oficiales del INDEC. Por primera vez, el argumento troncal de la administración libertaria se ve confrontado seriamente con la realidad: los precios suben, y la paciencia disminuye. El segundo golpe vendría de las propias filas del gobierno, del propio riñón del Presidente Javier Milei: el caso Adorni. Lo que comenzó como un “error” al invitar a la esposa de Manuel Adorni a viajar con la comitiva presidencial a la Argentina Week en Nueva York, terminó desatando una seguidilla interminable de investigaciones judiciales y periodísticas, que pusieron al Jefe de Gabinete en el ojo de la tormenta por posible caso de corrupción. Una vez más, la paciencia social y la credibilidad es puesta a prueba y las miradas de reojo se multiplican, incluso dentro del mismo espacio libertario. No son pocos los que hoy se preguntan hasta dónde vale la pena sostener un funcionario tan expuesto y tan objetado, y cuestionan la banca incondicional de los Milei por Adorni.

En la vereda de enfrente, el peronismo se deshace en críticas por el caso Adorni y busca dar el golpe de nocaut, intentando empujar a la dimisión del Jefe de Gabinete, algo que sin dudas sería muy difícil de digerir para el Presidente y su núcleo más firme. No obstante, este espacio tampoco pasa sus mejores días. Los hechos de inseguridad en la Provincia de Buenos Aires se multiplican día a día, y la lucha entre intendentes camporistas y aquellos que responden al Gobernador Axel Kicillof está más ardiente que nunca. Con Cristina confinada a los límites de su domicilio en San José 1111, el kirchnerismo intenta encontrar un sucesor que aglutine las fuerzas, que hoy están tal vez más atomizadas que nunca. Kicillof, Máximo Kirchner, Massa, Moreno, y hasta el propio Pichetto buscan

quedarse con ese traje y encauzar los votos de cara a las presidenciales del año próximo.

Finalmente, los demás espacios de poder buscan ofrecer una “tercera vía” que hoy es muy difusa. Nadie tiene muy en claro qué rol ocupan algunos espacios que no terminan de aliarse al gobierno nacional, pero tampoco hacen las paces con el peronismo. El problema sigue siendo el mismo de siempre: carecen de legitimación real por parte del electorado. Se limitan de momento a jugar de “árbitros” en un panorama político cada vez más polarizado entre el oficialismo nacional y el peronismo. Aún así, ninguno logra dar con la llave justa para satisfacer a un electorado cada vez más impaciente. Esto se ve a las claras en los estudios de imagen realizados por diversas consultoras a lo largo y lo ancho del país: nadie logra consenso en el elector, ninguna de las opciones termina de convencer, y lo que parece un campo minado para los espacios tradicionales y los más nuevos, termina siendo un campo minado para el mismísimo elector, donde cada paso es un riesgo inevitable de error. La confianza disminuye y la gente se pregunta “¿realmente son distintos?”

Mientras tanto, hay que decirlo, el oficialismo cuenta con un as bajo la manga que, de momento, todavía le rinde réditos: el voto bronca. Más emocional que nunca, el votante

argentino sufraga con la premisa de “voto a X con tal de que no vuelva Y”. Le dio frutos en 2023, y espera que le vuelva a dar frutos el año que viene, pero cuidado: en 2023 la dicotomía era muy visible. Hoy, el votante argentino pone en duda muchas de las cosas que este gobierno prometió, y el caso Adorni no hizo más que profundizar una duda latente en relación a los casos de corrupción dentro del gobierno. Si la promesa era eliminar a los corruptos, hoy muchos se preguntan si no era más bien simplemente reemplazarlos por otros. La historia no miente: Mauricio Macri llegó al poder en 2015 con una premisa similar a la de Javier Milei en 2023, y se la jugó a que en 2019 la gente le daría su apoyo con el mismo criterio. No solo no fue así, sino que además terminó optando por el polo opuesto.

Hoy, en vísperas de las presidenciales 2027, el gobierno nacional espera contar con más argumentos para sostener ese apoyo que, con matices, sigue recibiendo de buena parte de electorado. Recuesta sus esperanzas en proyectos de ley ambiciosos como la Reforma Laboral, que sigue en conflicto con los sindicatos, y la Reforma Electoral que busca restablecer la confianza del pueblo argentino en su sistema político. Quedan 17 meses. El campo está lleno de minas. Solo resta ver quién logra atravesarlo en mejores condiciones.



NUEVA OLA

Ideas que circulan. Análisis que conecta.

QUIERO PUBLICAR MI ARTÍCULO

INSTAGRAM · @rinconpolitico.consultora

revistanuevaola@rinconpolitico.com · consultora@rinconpolitico.com · +54 358 4332541